

EL HOMBRE QUE TREPABA A LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES

“...el oscuro pedestal...

Aquel que, con girarse, abre la puerta

Al perdido edén...”

I.M.

PREFACIO.

Para que conste como prueba en caso de litigio hago grabar este episodio de mi vida, su final. Al cabo de ésta, a mis ochenta y cuatro años, por no encontrar sentido a mi absurda existencia, habiendo amado con locura a la mujer que ahora velo y sospecho que nunca me ha correspondido, haré efectiva una inyección letal que acabará con mi tortura.

Hace unos años, mi esposa, doña Magdalena Galvao, me entregó un manuscrito bajo la promesa de que no lo abriría sino después de su muerte. Hoy, pasadas varias horas de su defunción, sentado aún frente a su cadáver, cogiendo su mano fría como un témpano, acaricio con la otra la carpeta que lo contiene después de haber activado la grabadora para que la lectura quede registrada. Así, en el helado receptáculo de este triste tanatorio, me desligo de su cuerpo, dejo su mano sobre el sudario, destapo su cabeza para que, pienso yo (de manera

quizá estúpida), aunque ya no esté aquí, si de algún modo estuviese, pudiera oír.

A pesar de estar casados durante un par de décadas, yo sabía de su licencioso pasado. Ella misma me había contado algunos episodios de su vida antes de compartirla conmigo y nunca me había preocupado. Su anterior marido, don Pedro Toro, tenía con ella un pacto tácito por el cual se permitían mutuamente relaciones extramaritales. Yo fui el abogado que selló aquel acuerdo.

Resulta irónico como, en estos momentos cruciales de mi decadencia, el mundo me devuelve la música que me inspirase en la adolescencia que, contrario a la mayoría, fue la clásica. Por un pequeño altavoz se está deslizando una melodía apenas perceptible que trata de mantener un estado de calma inherente ya a tales lugares de retiro. Sin embargo, soy capaz de identificar “Romance Anónimo” en la guitarra de Narciso Yepes. Si algo hubiera deseado para la hora de mi defunción es que la música que oyera antes de emprender el viaje definitivo fuese de otra índole.

Me consuelo en contemplar el cuadro que cuelga de la pared y que adivino es “Convergence” de Jackson Pollock. Se enzarzan en un extraño juego la pintura abstracta y los acordes de la guitarra española, cual si danzasen en una orgiástica pieza de

baile compuesta de delirantes pasos que encaminaran a los dos amantes a un trágico deceso.

Al destapar el dossier, una emoción sobrecoge mi cuerpo al son de la tonada, me altero notablemente y creo ver cómo los restos de la camilla se convulsionan. No hay duda que son supersticiones. Aparto la primera hoja, en blanco, y me encuentro con una serie de cartas de puño y letra de Pedro e intituladas por ella que refieren así:

